



LUGAR

LA PLAZA, EL CENTRO DE LA CIUDAD

ARQUITECTO

JUAN CARLOS PÉRGOLIS

PANEL: Los Espacios Urbanos "LA PLAZA"

BOGOTÁ 27 DE MARZO DE 2003

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA



EL LIBRO **LA PLAZA, EL CENTRO DE LA CIUDAD**, ESCRITO POR EL PROFESOR DE LA FACULTAD DE ARQUITECTURA JUAN CARLOS PÉRGOLIS, ES EL RESULTADO DE UN PROCESO DE INVESTIGACIÓN CONTINUO EN EL CUAL SE MUESTRA UNA RECOPIACIÓN DE LAS PLAZAS Y DE DIVERSOS ESPACIOS PÚBLICOS EN OCCIDENTE Y PARTICULARMENTE EN IBEROAMÉRICA; SE PONE EN EVIDENCIA SU ESTRUCTURA FÍSICA Y LA RELACIÓN DE AFECTO QUE EXISTE ENTRE LAS COMUNIDADES Y SUS PLAZAS. LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO CONTÓ CON EL APOYO DE DOS INSTITUCIONES PARA SU COEDICIÓN, LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE COLOMBIA Y LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, POR MEDIO DE SUS FACULTADES DE ARQUITECTURA Y ARTES RESPECTIVAMENTE.

LA REVISTA DE ARQUITECTURA SE COMPLACE EN PUBLICAR EL PANEL DE PRESENTACIÓN OFICIAL DEL LIBRO, EL CUAL SE LLEVO A CABO EN LAS INSTALACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA, EL DÍA 27 DE MARZO DE 2003 BAJO EL NOMBRE DE LOS ESPACIOS URBANOS "LA PLAZA".

LA RECOPIACIÓN DE ESTOS TEXTOS SE HIZO A PARTIR DE LA GRABACIÓN REALIZADA EN EL ACTO DE PRESENTACIÓN, EL CUAL FUE ABIERTO POR EL DECANO DE LA FACULTAD DE ARQUITECTURA WERNER GÓMEZ BENÍTEZ, EL DECANO DE LA FACULTAD DE ARTES CARLOS ALBERTO TORRES TOVAR Y POR EL ARQUITECTO JUAN CARLOS PÉRGOLIS, QUIEN DIO PASO A LA DISCUSIÓN ACERCA DEL TEMA DEL PANEL, EN LA QUE PARTICIPARON LOS ARQUITECTOS ROGELIO SALMONA, ALBERTO SALDARRIAGA, CARLOS ÁLVAREZ DE LA ROCHE, PEDRO JUAN JARAMILLO, LORENZO CASTRO Y EL COMUNICADOR GERMÁN REY

JUAN CARLOS PÉRGOLIS

PRESENTACIÓN OFICIAL DEL LIBRO

LA PLAZA, EL CENTRO DE LA CIUDAD¹

Existen muchas formas de presentar un libro. Una es la que tiene que ver con sus aspectos técnicos o formales: cuándo se escribió, dónde se escribió, cómo se realizó la investigación que dio apoyo al texto y otros datos que explican la obra. Desde ese punto de vista, debería relatar la experiencia de investigación, hace unos años, en el Ibero-amerikanisches Institut de Berlín, o con los grupos de apoyo en otras ciudades latinoamericanas y colombianas, en los seminarios electivos en la Universidad Nacional o en la presentación del tema en la Universidad Católica de Colombia, las instituciones que hicieron posible este trabajo.

También quisiera hablar de la gente que estuvo y está alrededor del libro: compañeros de trabajo, críticos, amigos, en Bogotá y en otros lugares, porque hacia ellos siento un agradecimiento enorme.

Pero hay otra forma de referirse a un libro: la emocional; aquella que responde por el sentido que tuvo para el autor tratar un determinado tema; ¿por qué lo hice? y creo que eso se responde con la historia personal, con las imágenes que quedaron atesoradas en la memoria y con los estímulos que día a día tocan esos recuerdos y los convierten en nuevas imágenes.

La Plata, que fue mi ciudad antes de vivir en Bogotá, es una ciudad pequeña, provinciana y plana en muchos de sus rasgos; sin embargo en el limitado perímetro de su casco original tiene más de veinte plazas. En el desarrollo de la investigación que condujo al libro que ahora intento presentar, apareció cada una de aquellas plazas o quizás aparecieron momentos de mi vida en cada uno de aquellos espacios. No se hubiera hecho este trabajo si no hubiera remontado

cometas en las ventosas tardes de otoño en Plaza Italia, ni compartido helados con mis padres en Plaza San Martín o hubiera desaparecido con alguna novia de la adolescencia entre los árboles de la Plaza Paso.

A veces pienso que el inconsciente es como esas botellas con agua por donde pasa el humo que se fuma en las pipas turcas; porque todo el humo de la vida se filtra a través de la botella del inconsciente, allí quedan enredados los recuerdos y bullen los deseos. Hace pocos años, cuando escribí el ensayo Estación Plaza de Bolívar, referido al principal espacio de nuestra ciudad, me pregunté ¿cuál es mi plaza?: ¿alguna de aquellas de la ciudad de La Plata? ¿la Piazza del Popolo, en Roma, teñida por la luz del atardecer? ¿La Staromeska de Praga que encierra tantos recuerdos? ¿Plaza Bolognesi de Lima con los tranvías que relata Vargas Llosa y yo no conocí?

Creo que no hay una plaza que colme el deseo que vibra en el inconsciente, porque si se llena el vacío del deseo con una imagen anterior, se acabó la vida, que día a día se abre al deseo de nuevas plazas, al marco mágico de nuestra Plaza de Bolívar con sus farolas de luz amarilla, al contoneo de caderas y al sabor pastoso de los chontaduros en la Plaza de Caicedo de Cali, al encuentro con un amigo bajo el techo del metro en Berrío, en Medellín o en las plazas de la muralla en Cartagena. La magia va más allá de la plaza, es de cada ciudad y de su gente.

Ahora quiero agradecer a las instituciones que me acompañaron en la investigación y luego en la realización de este libro, agradecer también a los amigos y compañeros que lo apoyaron, a Stoa Libris cuyo trabajo editorial me permite llegar a ustedes y quiero agradecer, por último, a quienes están aquí compartiendo los cielos abiertos de las plazas en las que alguna vez me detuve. Muchas gracias.

ROGELIO SALMONA

El texto que voy a presentar está basado en algunos de los temas que ha desarrollado Juan Carlos; a partir de ellos me permití escribir el texto que voy a leer a continuación y con el cual se va a iniciar esta discusión.

En el poético y muy bello libro que escribió Juan Carlos Pégolis, me inspiro para tratar de volver a entender la

ciudad hoy, pero básicamente la ciudad colombiana, que yo considero debe volver a ser singular y patrimonial; su esencia, el espacio público, es el lugar de la historia y el resguardo de la memoria colectiva, que es la condición para preservarla en sus formas y en su espacialidad, que además permanentemente se transforma para que sigan teniendo un significado social y cultural.

Formas y espacios conforman la ciudad y ésta, más que edificios, plazas y calles es un conjunto encadenado de lugares, de instituciones, de edificios privados y públicos apropiados por la población de acuerdo a intensidades de uso y a diferentes significados.

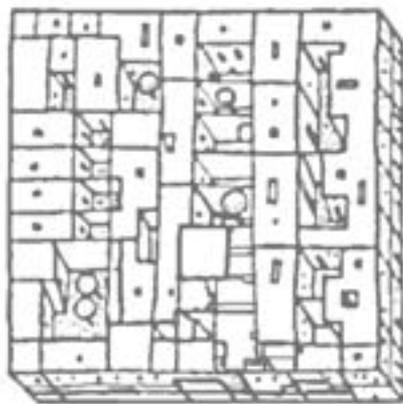
La ciudad no es inmutable, su arquitectura tampoco y aceptarlo sería presuponer una sociedad estancada y congelada; ambas se transforman, varían en el tiempo y en el uso, se acoplan a nuevas necesidades, a nuevas tecnologías y a nuevas visiones.

La arquitectura, como la música, además de ser un arte del espacio, es un arte del tiempo y el tiempo cambia, los significados sociales también; para que sean aceptados por la población deben establecerse por la confluencia de la forma con el uso; este simple hecho nos obliga a volver a pensar la arquitectura y a introducirla en forma más sensible y consciente en el espacio existente, ya sea este urbano o natural, transformándolos y enriqueciéndolos. La forma, claro está, no es la única calificadora del espacio, la memoria, la historia y la cultura son tan importantes como ella misma.

En su inicio las ciudades fueron construidas con variaciones formales casi imperceptibles; su dimensión, no es en consecuencia fundamental en la conformación de los espacios públicos, si además se tiene en cuenta que las ciudades en América Latina han sufrido alteraciones y modificaciones ambientales y físicas de gran magnitud que dejaron de ser apreciadas por sus propios habitantes y peor aun dejaron de ser conocidas.

Los impactos de la modernidad crearon una mutación que las fragmentó y en muchos casos las arrasó; los medios de comunicación modernos modificaron la relación entre las personas y a su vez el uso de los espacios de encuentro, ya deteriorados por el abandono y por la mala gestión administrativa.

Otro hecho lamentable y es un ejemplo, es que la calle dejó de ser el paisaje de la casa y se convirtió en una vida de paso; la velocidad, innecesaria además, se convirtió en un hábito; corremos siempre, comemos rápido, comidas rápidas, música rápida, etc. La ciudad dejó de contemplarse y como consecuencia de este hecho perdió la herrancia que tan bellamente cantó Baudelaire; estos hechos nos llevaron a una pérdida de noción de la ciudad y del territorio, pues los habitantes sintieron y sienten todavía que habitan lugares abstractos que se han modificado bruscamente, muchos ejemplos los hemos visto en Bogotá en los últimos años, han perdido estabilidad, son causa de extrañeza, producen un distanciamiento





entre la ciudad y el habitante, una falta de compromiso y hasta agresión hacia el medio físico. Contrarrestar el desapego, recuperar la ciudad, su paisaje y el sentido de lugar, es una tarea urgente que se podría lograr con una nueva morfología que responda, claro está, a necesidades reales pero también a símbolos construidos en la memoria colectiva, recuperando referencias urbanas, creando otras nuevas que permitan apreciar y gozar el transcurrir del tiempo y que otra vez la contemplación sea una función de la vida.

Al singularizarse, la ciudad debe permitir también la herrancia, el descubrimiento de sus aspectos más poéticos. La falta de diversidad en la ciudad moderna, la pérdida de referencias, la identidad de las calles, todas iguales, de barrios asténicos, transmiten desapegos e inseguridad. La singularidad a la que hago referencia podría lograr una mayor y mejor comprensión de cada uno de los lugares de la ciudad, comprensión topológica, por consiguiente paisajística; además, estudios de las diversas arquitecturas existentes en los distintos lugares de la ciudad y de la geografía urbana, con estudios preceptivos como son los olores, las vegetaciones, los materiales, estudios y acercamientos que nos conducen y nos orientan hacia una noción de ciudad anclada en la memoria y en el tiempo que es el camino a la poesía. Por otra parte, en las ciudades colombianas hechas de pedazos, de fragmentos y recuerdos, a veces de ruinas que conservan sortilegios, misterios y posibles descubrimientos, se debe crear un verdadero vínculo entre el ciudadano y su ciudad, y contraponer la seña creada -como lo diría Françoise Choay- por una planeación fría y abstracta por el dominio del capital y la falta de compromiso de algunos de sus habitantes y de muchos de sus gestores. Pero seamos justos, Bogotá en los últimos años tomó conciencia de la degradación urbana, de la pérdida de la memoria, del desapego de sus habitantes, e inició a tiempo un proceso de recuperación del espacio público y de su patrimonio construido.



La arquitectura en sí también asumió un papel decisivo, al convertirse nuevamente en un patrimonio, y no en el simple hecho constructivo; además hoy desempeña una inmensa labor, como es la de coser, unir, ligar la fragmentación urbana, con obras públicas y privadas significativas, abiertas, en las cuales los espacios comunitarios puedan ser apropiados por la población entera sin impedimentos, sin rejas, sin injurias; sólo así la ciudad, el oro civilizador con el lenguaje más importante de la humanidad, será la obra de arte colectiva; la fealdad de la ciudad contemporánea y la ausencia de calidad estética requieren de una crítica acompañada de una toma de conciencia de las dimensiones técnicas, económicas y sociales de la sociedad industrial, para lograr una necesaria transformación espacial diferente en cada ciudad y singularizada por una arquitectura rica en la especialidad sorpresiva de sus formas y exacta en sus técnicas. La arquitectura, arte del espacio y del tiempo, y la creación urbana, son una labor que debe ser permanentemente actualizada, poniendo en juego todas las percepciones visuales, táctiles, sonoras, olóricas y así contrarrestar la tendencia a hacer de la arquitectura un simple montaje de elementos y productos industriales y comerciales que no tienen ni siquiera la gracia de envejecer; y es que la arquitectura y la ciudad forman una unidad indiscutible, dependen la una de la otra, una mejor arquitectura enriquece el espacio de la ciudad, y un mejor espacio público valora la arquitectura.

La modernidad con las nuevas técnicas no es un impedimento para volver a crear una ciudad y una arquitectura, así sea distinta las que conocemos; por el contrario, nos obliga a utilizar, cuando sea el caso, todas las posibilidades tecnológicas y sobre todo poéticas para que sea nuevamente una expresión de nuestro tiempo.

Quiero por ultimo agradecer a Juan Carlos Pérgolis, a su libro y a su estudio, que me dieron la posibilidad de transmitirles a ustedes estos pensamientos.

GERMÁN REY

La obra de Jean Pierre Vernant² explica que la transición entre la ciudad pre-helénica y la ciudad clásica, con su ágora como lugar de encuentro, consistía en el cambio hacia una ciudad diseñada como espacio físico, pero también como representación mental y simbólica del modo como los hombres diseñaban su vida en comunidad. En el centro de la ciudad pre-helénica estaba el palacio del tirano; como en un panóptico, el palacio dominaba la perspectiva de la ciudad, pero también concentraba el ámbito de la palabra, del lenguaje.

El ágora de la ciudad clásica representa, en la concepción de ciudad en Occidente, el momento fundador y definitorio del concepto de ciudad: rompe el esquema panóptico y abre la plaza. En su libro, Juan Carlos insiste en señalar la plaza como lugar de encuentro, como ámbito de lo público. La plaza no existe sin la ciudad.

Rogelio ha hecho alusión al hecho de que por la calle se pasa y a la plaza se concurre como a un lugar de la memoria, de la pertenencia, de la historia. Me llama la atención porque siempre he asociado la imagen del ágora con la imagen de las plazas de De Chirico, espacios completamente vacíos, en los que pequeñas figuras producen unas sombras muy largas que parecen ser los únicos habitantes de esas plazas.

Pues bien, en *Carne y Piedra* Richard Sennet³ muestra que el sentido de la plaza no es estático, por el contrario, la plaza es el lugar donde muchas actividades ocurren al mismo tiempo: los tragasables, los magistrados, los sofistas, los estoicos, los comerciantes, las danzas religiosas; la simultaneidad es una condición de la plaza; la gente iba de un lado a otro, se formaban corrillos. Aristóteles señala que la democracia se construye en la llanura; no hay democracia en la montaña; en el vacío llano de la plaza, ninguna voz domina el conjunto; en cambio, en el contexto del teatro, se necesita una voz dominante.

La modernidad instauró la política como centro del proyecto; pero la política empieza a desbarrancarse y hoy existe una asintonía entre la política y otras áreas de la vida social. Eso podría significar que hoy la plaza ya no es el centro de la ciudad.

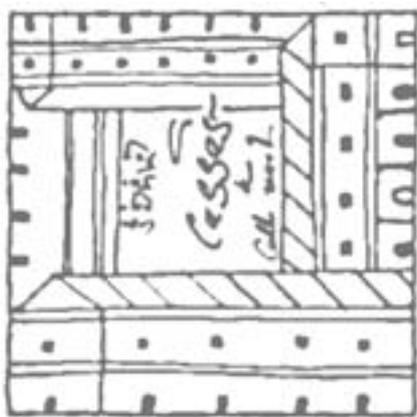
Miremos el texto de Juan Carlos a la luz de los comentarios de Rogelio, que concibe la ciudad como singular y patrimonial, pero también como lugares, edificios con diversas intensidades de uso; interpreto que el patrimonio debe ser apropiado por los ciudadanos a través de diferentes formas de uso. El libro resalta que el significado de la ciudad inherente a la cultura, podemos entender las ciudades a partir de nuestras propias referencias: las ciudades están formadas

por las huellas o señales que van dejando su elaboración; por eso las ciudades iberoamericanas son ciudades mestizas, y es curioso que aquello que ocurre en la arquitectura, pasa también en la vida de las imágenes.

Si hubo un proyecto heroico de fundación de ciudades en Iberoamérica, también hubo una colisión que perdura hasta nuestro días, eso que Gruzinski llamo "la batalla de las imágenes"⁴, es decir el choque entre el imaginario español y el de las comunidades indígenas; este autor dice que el desarrollo de la imaginaria mexicana estuvo marcado por el hecho de que el primer arzobispo fue franciscano y el segundo jesuita; el primero partidario de una asepsia que no permitía el mestizaje entre las imágenes, a diferencia del segundo que permitió las mezclas entre las imágenes indígenas y el dios católico.

Pero en el caso de las ciudades y la apropiación de la memoria también estas dos grandes líneas atraviesan todo el pensamiento mexicano y se concretan al unir el muralismo mexicano con el barroquismo jesuítico en la iconografía de las novelas de Televisa. Gruzinski concluye diciendo que los mexicanos y los latinoamericanos podemos tener, por ese motivo, apropiaciones mas lucidas de las imágenes, yo diría que también de nuestras ciudades.

Para finalizar quiero decir dos cosas; una, referirme a Juan de Vieira quien señala el desorden y la sociedad que domina la ciudad de México en 1700 con calles y plazas donde se fríen alimentos que saturan el ambiente de humo y olores; la otra, la forma como evoco las plazas de mi región,



el modo señalado por Rilke en las Cartas a un joven poeta⁵: huir del estrépito y refugiarse en las evocaciones de la infancia. En Bucaramanga, mi ciudad, hay dos plazas, una muy grande, la de la Sagrada Familia, donde están la catedral, el club del Comercio, el hotel Bucarica; pero mi recuerdo mas fuerte es el de la plaza de mercado; según Aristóteles hay que confundir una plaza con otra, el espacio del mercado con el de la justicia; algo muy valido en nuestros tiempos, donde el espacio de la justicia se confunde con muchos otros.

Recuerdo que en la plaza de mercado Bucaramanga vendían cuentos que se exponían en un cordel y había bancas donde los niños nos sentábamos a leerlos y desde allí veíamos y olíamos las ventas de carnes, desgonzadas como en los cuadros de Bacón. La plaza tenía un segundo piso donde estaban los "Reinosos" que venían del páramo y traían quesos, gallinas y curíes; era una plaza muy distinta de esos espacios de ciudad que ha perdido la ciudadanía. Anna Arendt decía que lo público es aquello que puede ser visto y oído por todos, lo público es lo que recibe la luz plena y lo privado es el de los encantamientos.

ALBERTO SALDARRIAGA

Más que comentar específicamente lo que contiene el libro o lo que hemos escuchado, la pregunta que me he hecho en los últimos años se refiere a la relación entre el espacio urbano y el sentido de lo público.

Yo tengo una sospecha que es un poco triste y es que las plazas perdieron sentido, pero también tendría una afirmación positiva: lo que queremos es tratar de recuperar el sentido de lo público en las plazas,



¿cómo? Esa es una buena pregunta; nosotros estamos viviendo un poco de cierta nostalgia, que no deja de permear el libro de Juan Carlos, de la memoria de unas plazas que surgieron para unos hechos que ya pasaron; Rogelio afirma que la ciudad se transforma y que obviamente las mentalidades se transforman, entonces, al preguntarnos si queremos seguir sosteniendo la plaza como centro de la vida urbana, como un policentrismo, porque ya no hay un solo centro sino muchos, cómo queremos incentivar el sentido de lo público, porque el solo pretexto del encuentro ya no es tan válido; uno se encuentra en la en la calle como dice Richard Sennet con desconocidos, la ciudad y sobre todo la gran ciudad es un mundo de desconocidos, nos encontramos en la calle pero realmente no nos encontramos, los cuerpos comparten el espacio de las calles, de la plaza pero encuentro no hay simplemente colisión accidental, a veces hay algo fugaz, algo de miradas que se entrecruzan, de pronto algo de sentido en esas miradas que se entrecruzan, de pronto la desconfianza del forastero, del desconocido, del extraño, entonces veo yo en el fondo de mi pregunta y habría otras inquietudes a la par de las inquietudes de Rogelio, qué sentido de lo público tenemos en Colombia hoy en día, en la ciudades colombianas, qué sentido lo público tenemos en Bogotá, porque el sentido de lo público no es solamente para mí salir a montar en bicicleta por una cicloruta, eso es simplemente un medio de transporte que no es público porque mi bicicleta es mía y de nadie más; ¿entonces qué es eso que llamamos encuentro? No es simplemente congregación, no es sencillamente poner a la gente junta en un espacio, un concierto de Shakira no es encuentro, es una asistencia masiva a un espectáculo y el hecho que uno grite y nueva las manos al tiempo no quiere decir participación, eso no es lo que entendemos como participación, entonces yo veo que detrás de todo lo que hay es el anhelo de reconstruir o construir un sentido de lo público; tenemos un sentido implí-



to de lo público en lo que estamos mirando en el pasado que queremos traer al presente, pero de pronto de otras maneras, de otras formas; queremos que la ciudad se algo público, algo donde lo público sea significativo; y lo que yo veo es que estamos haciendo intentos a través de las obras físicas de que ese sentido se construya o se reconstruya o en cierta medida se invente, porque estamos en un mundo, en una sociedad y en un país donde lo privado está dominando lo público; de ahí todos los atentados estatales contra lo público; bueno, sobra decir que también hay atentados privados contra lo público, entonces estamos viviendo en un mundo donde lo público en su esencia, que parte del Estado, se está perdiendo. Entonces nosotros pretendemos reconstruir un sentido de lo público en un país que día a día quiere ser más privado, como dijo nuestro presidente en su manifiesto democrático; el Estado es la mayor empresa privada. Y no entiendo esa afirmación y nunca la podré entender, porque entonces no hay diferencia y todo sería Estado o todo sería empresa privada y estaríamos en un equívoco fundamental. Entonces vuelvo a apelar a la pregunta para entender el sentido público, ese sentido de lo público que queremos hacer, que queremos fortalecer, que queremos revivir si es que está dormido o que de pronto tenemos que inventarnos. Ese sería mi comentario.

CARLOS ÁLVAREZ

NO HABLES CON EXTRAÑOS

“No hay que hablar con extraños” es una recomendación que los padres hacen tradicionalmente a los niños para protegerlos de los desconocidos. Si esta medida los resguarda de interferencias indeseables, la prohibición del contacto con desconocidos se acepta, dada la enorme variedad de influencias presentes en la ciudad, pero no es la mejor escuela de civilidad. El problema es que esto se ha convertido en el comportamiento estratégico de la vida adulta normal de hoy. Este precepto es la regla de vida ciudadana por la cual los extraños son gente con quienes uno se rehúsa a hablar sistemáticamente.

Nos reunimos a celebrar el lanzamiento del libro La Plaza de Juan Carlos Pérgolis, y más bien deberíamos reunirnos para hacerle la velación a la plaza. La plaza urbana en el centro de la ciudad es un lugar deficiente en su carácter de espacio de sociabilidad. La ciudad de hoy se extiende sin plazas. Las plazas pertenecen al pasado. Los nuevos barrios residenciales se diseñan sin plazas y nadie se queja. ¿Que está sucediendo?

La construcción de ciudades anda en reversa; las Ciudades Jardín de Howard, el Broadacre City de Wright, con sus campos y cruces de autopistas, y el radiante sueño de Le Corbusier nos trajeron los modelos anti-urbanos. La utopía se ha regresado pues miramos con nostalgia las plazas de la era pre-industrial, pero el ropaje moderno con el que aparece Camillo Sitte⁶ se califica de opresivo y anacrónico por ser sinónimo del modo de producción burgués.

Hoy se cree que los centros de consumo son las plazas de la modernidad. La política ha sido incapaz de dar con el remedio para detener la inseguridad y la ansiedad de la gente, y esto complace una absurda regla antiurbana por la cual todos los desconocidos son sospechosos. Por lo tanto se arma una fuerza "comunitaria" que mira a todos los inmigrantes, o personas nuevas, desde la perspectiva del miedo.

El éxito de los servicios de entrega a domicilio que ofrece el comercio, reforzado por la idea de que sólo los centros comerciales son casi totalmente seguros, tiende a deseñar el Home Theater, el Internet, y el encierro en casa como entretenimiento banal del tiempo libre. No sin sorpresa ha aparecido en Japón una nueva enfermedad que ya sufren más de un millón de adolescentes llamada Hikikomori⁷, que se caracteriza por el aislamiento social auto-impuesto, que dura años y cuya salida ocasiona mucho trauma e incluso suicidios o el asesinato de los padres.

La vida pública y la plaza han desaparecido del esquema de vida cotidiana de los ciudadanos comunes. Algunos creen encontrar la plaza en el Internet, en las instituciones públicas, o en los lugares denominados por el comercio como plazas.

Marc Augé en su obra "Los no Lugares"⁸ nos dice que "El término lugar nos remite a una construcción concreta y simbólica del espacio, que les da sentido a aquellos que lo habitan y lo utilizan. Los lugares evocan relaciones, identificación e historia, son los que describen nuestra diferencia y la imagen de lo que somos" y con su comentario nos brinda una mejor denominación para los centros comerciales, como sitios repetidos a lo largo y ancho del mundo, iguales en su esencia. Los encuentros allí suelen ser breves y superficiales o inexistentes. Dentro de los

espacios comerciales se realiza un ritual de observación de las mercancías en intensa cercanía de los otros, pero sin el más mínimo asomo de contacto con nadie desconocido. El centro comercial está protegido contra intrusos, intermediarios, improvisadores, declamadores, oradores, saltimbanquis, cantantes, etc.; todos ellos son para el comercio solo unos agua-fiestas de su actividad primaria y única de venta.

El centro comercial, adaptando las palabras de Michel Foucault cuando habla de un barco, "es un pedazo flotante de espacio, un lugar sin lugar, que vive por él mismo, que está cerrado sobre sí y que al mismo tiempo está librado al infinito...".⁹

El templo al consumismo es un espacio sin lugar, anticívico, dentro del cual los consumidores comparten el espacio sin interacción social. Tales sitios proponen acción sin interacción. Se fomentan el movimiento y la aglomeración, pero nada debe distraer la atención del acto de la compra o del espectáculo de la vitrina. Existe aglomeración, no congregación, es decir cercanía sin adición. Llamar comunidad a los asistentes a un centro comercial es tan mentiroso como pensar que de allí podría salir algún acuerdo. No existe totalidad, solo existe alienación frente al otro.

El espacio es político. El dominio del espacio público es producto de la estrategia del poder. El centro de la ciudad existe según cada concepto de actividad en la ciudad. Para la economía es el centro financiero, para la administración nacional o regional hay otro centro. Para cada capa social se encuentra un determinado centro que en ocasiones se denomina falsamente plaza en el sentido consumista. El centro político de la ciudad tiene su asiento y signo en la plaza tradicional histórica, y allí se reúnen asiduamente las palomas y los fotógrafos. Alguna política acerca del uso del espacio público dispone que la multitud se proscriba del espacio que le corresponde. De cierta manera las multitudes se programan con permisos especiales que especifican hora y lugar, comienzo, y fin de la espontaneidad de la vida pública.



Si San Pablo decía que "todos somos ladrillos del mismo edificio que construye la humanidad"¹⁰, entonces el espacio público se construye con vida pública. Un espacio público en la ciudad sin vida pública, es un vacío público. La ausencia de apoyos a la existencia de la multitud es la razón del vacío. Camillo Sitte prescribía que un espacio público debía ser presidido por un edificio público y viceversa.¹¹ Pero hoy no tenemos razón aparente para tener la plaza, tal vez somos ciudadanos mutilados de civilidad.

Hoy en día el espacio de la plaza se viste de vacío. El punto de encuentro es débil y sin permanencia. La falta de adaptación a las condiciones económico sociales de la población, hacen del espacio publico un espectáculo anodino, despoblado.

Los arquitectos hemos sido operarios de políticas que no siempre manejamos. Creamos espacios públicos exentos de cultura y conciencia del momento histórico. Espacios públicos abstractos que alienan e inspiran perplejidad. Esos espacios pueden ser muy significativos en la identificación del carácter de nuestro momento histórico.

La creación de espacios públicos actuales requiere de la cuidadosa observación de la multitud. La admiración y afecto por la multitud se practica poco hoy en día. La multitud es la vida de la ciudad.



Ella tiene vida propia, genera su clima propio. Es un ser especial.

La verdadera multitud requiere de unión y ello se logra en presencia de una causa general. Nueva York estuvo unida frente al 11 de septiembre y sigue unida, la gente realiza contactos y se humaniza frente a la tragedia. Hoy muchas personas se unen frente a la guerra. Pero la guerra de Irak.

En la ciudad de hoy se permite la espontaneidad en las construcciones que carecen de permiso y para los saltimbanquis de semáforo. La participación se refiere a la realización de encuestas públicas luego de que se toman las decisiones. Así ha sucedido con los nuevos espacios públicos de Bogotá realizados a espaldas de la población.

Los consumidores, que así se llaman hoy los ciudadanos, se albergan en áreas zonificadas comercialmente, las clases en ascenso se alojan cerca de las clases prósperas y lejos de los olvidados. La ciudad convivial de Iván Illich¹² solo llegará cuando todos construyamos una ciudad que nos posibilite mejorar el mundo.

El otro extremo de la escala sería obligar a practicar la sociabilidad, así fracasaría más rotundamente. La sociabilidad es como el amor, se la puede fomentar, pero planearla o imponerla la destruye. No se puede institucionalizar, debe ser iniciativa privada.

Los extraños deben ser vistos y oídos. La multitud no deberá ser reprimida si existe inconformidad. El espacio público puede ser concebido como el templo de la paz y la política

La plaza puede renacer, esencial, popular, colorida, local, cuando se identifique la forma de apropiarla. Entonces no habrá que vigilar las plazas, los centros comerciales se arruinarán, los extraños podrán ser interesantes inmigrantes y la ciudad aplaudirá orgullosa por haber recuperado su eje.



PEDRO JUAN JARAMILLO

Sobre el libro de Juan Carlos, Rogelio enfatiza dos puntos que considero muy significativos, el primero la noción de *tiempo*, y el segundo, el *fragmento*.

La noción de tiempo va en contravía de la noción de espacio sobre la cual Occidente ha construido su arquitectura y su manera de ver y de hacer el mundo; desde que Bruneschi congeló el mundo a través una mirada fija que se reducía a una perspectiva, el tiempo desapareció, el tiempo de la perspectiva del común quedó de lado, si nosotros recordamos en la mitología griega, de Urano, sale originalmente Cronos, Cronos es el tiempo, que va a ser fundamento del mundo; es la razón de ser del mundo, únicamente con la castración de Cronos, el Saturno Romano, por parte de Júpiter se va dar la opción de que aparezca el espacio, de que aparezcan las singularidades, aquellas situaciones que en términos de la discusión nuestra podamos llamar los lugares; solamente a través de ese hecho violento como es la castración, nosotros podremos llegar entender la dimensión de una circunstancia específica; de todas maneras el tiempo seguirá siempre acompañando y definiendo las posibilidades del espacio; a nosotros occidentales, nos educaron a partir del espacio en donde el tiempo aparece solamente como una circunstancia de esa situación espacial.

Considero muy importante y muy significativo el énfasis en el tiempo como fundamento de esa condición de lo social, de lo público, que es en el fondo aquello que va a permitir que lo público se desarrolle como tal; las espacialidades son circunstancias de ese tiempo, que están definidas como fragmentos, que por un lado son aquello que los arquitectos modernos hemos dejado después de lo que las normas nos obligan para que lo público se construya, en donde lo fundamental es lo privado, es el edificio es el interior; el antejardín y la acera son lo que quedó después de construir lo privado.

Una serie de fragmentos, que en principio son los que han soñado con la ciudad en su verdadera connotación, los que han soñado con ese espacio de lo público, los que han soñado con ese tiempo de lo público, han ido aglutinando en los últimos años y han vuelto a reconstruir lo que nosotros llamamos ahora con gran orgullo ciudad.

Quería únicamente enfatizar como comentario esos dos aspectos que realmente son dos aspectos muy importantes del libro y que vale la pena que replanteemos en nuestras discusiones de todos los días.

LORENZO CASTRO

Quiero hacer algunos comentarios sobre el libro y sobre algo que me interesa mucho del texto de Rogelio Salmona: la necesidad de transformar los lugares, o sea un patrimonio que sea utilizado, y para ser utilizado necesita adecuarse constantemente y en alguna medida transformarse.

Yo tenía una serie de inquietudes: creo que una ciudad como las colombianas que se fundaron en muchos casos sobre las plazas y esas plazas en muchos casos están convertidas en parqueaderos, en otros en parques, o sea, que ya el carácter de plaza como tal no existe. Yo haría la pregunta: ¿cuántas plazas nuevas se han hecho en Colombia?

¿Qué posibilidades tiene el espacio plaza de ser reinterpretado y cumplir una nueva función dentro de la plaza, incluso esos espacios que un día fueron plazas en qué momento sería importante seguir las conservando en sus transformaciones como parques, o en qué momento sería importante actuar sobre ellos para recuperarlos como espacios para la ciudad?

Me parece también importante hablar de los fragmentos urbanos a los cuales se refería Pedro Juan a partir de los fragmentos generados por la norma; creo que en Bogotá se ha intentado recuperar el espacio público como un sistema continuo, con grandes dificultades, entendiendo que la ciudad de todas maneras tiene que conservar de alguna manera su carácter fragmentario.

Pienso que las ciudades colombianas se fundaron hace 500 años, y podría ser interesante volver a fundarlas. Una ciudad como Bogotá que tiene 7 millones de habitantes crece y crece sin ningún sentido fundacional; tal vez sería importante volver a fundarla, y para volverla a fundar, volver a pensar el espacio público.



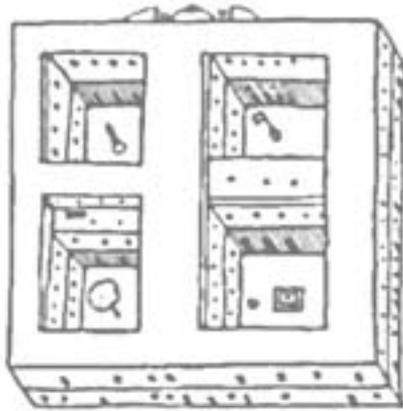
JUAN CARLOS PÉRGOLIS

Yo no sé si la plaza como espacio de la ciudad se mantendrá o desaparecerá, no creo que el centro comercial reemplace la vida comunitaria de la plaza, no creo que un espacio privado pueda reemplazar un espacio público y no sé si la plaza tenga una u otra característica; cada plaza tiene la suya propia y se ha ido modelando en el tiempo a través de la vida sus habitantes.

Toda la investigación que sustentó el contenido del libro se basó en una tríada en términos semióticos, formas, usos y significaciones, donde el uso está en medio y es definitorio de la forma del espacio y a la vez también de los significados que ese espacio tiene para la comunidad. Creo que el uso que demos a los espacios de la ciudad va a modelar su forma y a la vez el uso en esa forma nos va a transmitir los significados de ciudad; no creo en una categorización de espacios acertados o desacertados, creo, y así lo comenté en varios escritos y en varias charlas públicas, que la ciudad tiene tiempos muy largos, los tiempos de las ciudades

no son los tiempos de las personas, son los tiempos de las generaciones, por lo tanto a la ciudad le tenemos que dar tiempo y tenemos que entender que la ciudad tiene su tiempo propio al cual nosotros nos tenemos que acoplar y debemos manejar nuestra dimensión temporal desde nuestra particularidad, de acuerdo a la particularidad de la ciudad.

Quería agregar ese comentario en relación con los distintos puntos de vista que se trataron en la mesa y quiero repetir mi agradecimiento a los participantes; creo que es muy significativo que podamos estar reunidos hablando de la ciudad y de sus plazas.



Referencias bibliográficas

- 1 PÉRGOLIS, Juan Carlos. LA PLAZA, El centro de la ciudad. Bogotá: Stoa Libris, 2002. Pág 223
- 2 VERNANT, Jean Pierre. Orígenes del pensamiento Griego. Madrid: Paidós, 1992.
- 3 SENNET, Richard. Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental; traducción César Vidal. Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- 4 GRUZINSKI, Serge. La guerra de las imágenes. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- 5 RILKE, Rainer María. Cartas a un joven poeta. Madrid: Alianza, 1980
- 6 SITTE, Camillo; City Planning According to Artistic Principles (1889), Translated by George R. Collins and Christiane Crasemann Collins. London: Phaidon Press, 1965
- 7 Japan: The Missing Million, <http://news.bbc.co.uk/1/hi/programmes/correspondent/2334893.stm> , 01/03/2003
- 8 MARC, Augé. Los no lugares: Espacios del anonimato. Barcelona: Gedisa, 1998, p.57-58
- 9 FOUCAULT, Michel. De los espacios otros. http://www.bazaramericano.com/arquitectura/foucault/espacios_foucault.asp , 01/03/2003.
- 10 Teórico del Doctor Ángel Tello http://perio.unlp.edu.ar/relaciones_internacionales/teorico%2015-08.pdf , p. 5, 01/03/2003.
- 11 SITTE, Op. Cit.
- 12 ILLICH, Ivan: La convivencialidad. México: Joaquín Mortiz / Planeta, 1985. p. 161.